

Guardianes del Río y la Selva: Relatos de La U en tu Colegio



Facultad de
Ciencias y Educación



**Acreditado en
ALTA CALIDAD**

Resolución 015158 de 2022
Ministerio de Educación Nacional



Créditos

"Guardianes del Río y la Selva. Relatos de la U en tu Colegio

Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid

Ministerio de Educación Nacional

Gustavo Petro Urrego

Presidente de la República de Colombia

Francia Elena Márquez Mina

Vicepresidenta de la República de Colombia

José Daniel Rojas Medina

Ministro de Educación Nacional

Ricardo Moreno Patiño

Viceministro de Educación Superior

Valentina Vásquez Sánchez

Secretaria General (e)

Carolina Sánchez Moya

Jefe de la Oficina de Infraestructura Educativa

Luis Álvaro Gallardo Eraso

Director de Fomento para la Educación Superior

Maurizio Toscano Giraldo

Asesor de Infraestructura del Viceministerio de Educación Superior

Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid Consejo Directivo:

Cesar Augusto Pérez Rodríguez

Presidente delegado ante el consejo directivo

Esteban Zapata Trejos

Representante del presidente de la República ante el consejo directivo

Luis Mauricio Urquijo Tejada

Delegado de la Ministro de Educación Nacional ante el consejo directivo

Luis Oliverio Cárdenas Moreno

Representante del Sector Productivo ante el consejo directivo

Luis Norberto Guerra Vélez

Representante de los Exrectores ante el \$

Juan Fernando Ruiz Ramírez

Representante de las Directivas Académicas ante el Consejo Directivo

Sergio Humberto Zuluaga Villegas

Representante de los Graduados ante el Consejo Directivo

Jaime León Botero Agudelo

Representante de los Docentes ante el Consejo Directivo

Yunier Iván Valenzuela Ríos

Representante de los Estudiantes ante el Consejo Directivo

Jairo Alexander Osorio Saraz

Rector (2021-2025)

Comité Rectoral:

Haver González Barrero

Rector (2025-2029)

Oscar Alberto Gaviria

Vicerrector Administrativo

Jorge Mario Duran Franco

Vicerrector de Extensión

Leidy Carolina Toloza

Vicerrectora de Docencia e Investigación

Juan Fernando Correa Wachter

Decano Facultad de Administración

Tomás Antonio Madrid Garces

Decano Ciencias Agrarias

Oswaldo Plata Pineda

Decano Facultad de Ciencias y Educación

José Santiago Correa Cortés

Decano Facultad de Comunicación Audiovisual

Juan Fernando Ruiz Ramírez

Decano Facultad de Educación Física, Recreación y Deporte

Olga Lucía Henao Pardo

Decana Facultad de Ingeniería

Wilson Humberto Giraldo Hoyos

Director de Programas y Proyectos Especiales

Alejandra Agudelo Urrego

Directora de Fomento Cultural

María Adelaida Torres Sánchez

Directora de Cooperación Nacional e Internacional

Jemay Chacón Tabares

Director Jurídico

Katherine Manjarres Pinzón

Directora de Investigación y Posgrados

Créditos

Luz Adriana Díaz Mateus

Directora de Regionalización

Adriana Portocarrero Rengifo

Directora de Granjas y Laboratorios

Cesar Navarro Criado

Director de Bienestar Institucional e Interacción Social

María Dioni Medina Muñoz

Director de Gestión Humana y Jubilados

Fredy Osvaldo Rodríguez Henao

Dirección Financiera

Rubén Darío Maya Bedoya

Jefe Oficina Asesora de Planeación

Flora Jiménez Marín

Directora de Control Interno

Paola Sánchez López

Oficina Asesora de Comunicaciones

Equipo Docente

Daniela Bautista Sánchez

María del Mar Lopera Sánchez

Miguel Sebastián Montoya Alzate

Luis Fernando Pérez

Gonzalo Robledo Páez

Ángela María Rodríguez Marroquín

María Helena Serna Galeano

Efraín Villegas González

Equipo y Coordinación proyecto La U en tu colegio

Dr. Oswaldo Juan Plata Pineda. Decano Facultad de Ciencias y Educación

MsC. Luz Adriana Díaz Mateus. Directora de Regionalización Académica

MsC. Yohana Josefa Rodríguez Vega. Coordinadora de articulación

MsC. Susan Peláez Terra. Monitoreo y planificación

MsC. Gonzalo Robledo Páez. Experto temático

MsC. Daniela Bautista Sánchez. Trabajadora social

Esp. Carolina Diaz. Pscorientadora

Esp. Octavio David. Enlace territorio

Rectoras y rectores Instituciones Educativas participantes**BERLI ENITH MEJÍA MIRANDA**

Rectora Institución Educativa Miguel Vicente Garrido Ortiz

Arboletes - Antioquia

WILLIAN ALDEMAR MACHADO ANDRADE

Rector Institución Educativa Liceo El Bagre El Bagre- Antioquia

TANELA RODRÍGUEZ PEREA

Rectora Institución Educativa rural San Sebastián de Urabá

Necolí- Antioquia

ENRIQUE ACUÑA ÁLVAREZ

Rector Normal Superior Mojana

Majagual- Sucre

MIGUEL BALDOMERO ROMERO

Escuela Normal Superior Alto Sinú

Tierralta - Córdoba

JORGE ELIECER MOSQUERA SALAS

Institución Educativa Buchadó

Vigía del Fuerte

Revisión y edición de cuentos

Ángela María Rodríguez Marroquín

Luis Fernando Pérez

María Helena Serna Galeano

Corrección y revisión de estilo

Yohana Josefa Rodríguez Vega

Diseño y diagramación

Juan Camilo Rendón Moncada

Yohana Josefa Rodríguez Vega

El proyecto “La U en tu colegio”, contó con el apoyo del Ministerio de Educación Nacional a través del proyecto PIC-ET 2025.

Este texto es el resultado del proyecto de investigación *"Análisis de la efectividad e implementación del modelo de articulación educativa "Educación Superior en tu Colegio" en territorios PDET/ZOMAC: Un estudio de caso comparativo en Antioquia, Sucre y Córdoba."*

*Grupo de Investigación en Ciencias y Educación (GICED)
Nombre del Semillero de Investigación: Horizonte Pedagógico*

Protagonistas: **Voces que Inspiran**

Este espacio está dedicado a quienes dieron vida a cada página de este libro: los estudiantes que, con imaginación, compromiso y amor por su territorio, transformaron sus aprendizajes en relatos únicos. Sus cuentos son más que ejercicios literarios; son expresiones auténticas de identidad, memoria y conciencia ambiental, creadas en el marco del proyecto La U en tu Colegio.

Cada autor aquí mencionado asumió el reto de explorar su entorno, rescatar saberes locales y convertirlos en historias que nos invitan a reflexionar sobre la relación entre naturaleza, cultura y comunidad. Con palabras sencillas y potentes, lograron que los ríos, las selvas, las tradiciones y los valores se convirtieran en protagonistas de narraciones que inspiran a cuidar lo que somos.

Este reconocimiento es también un homenaje a su creatividad y perseverancia. Porque detrás de cada cuento hay horas de investigación, diálogo y trabajo colaborativo, demostrando que la educación no solo forma académicamente, sino que también despierta talentos y fortalece la voz de quienes sueñan con un futuro mejor.

Que esta sección sea un recordatorio de que cada historia cuenta, cada voz importa y cada esfuerzo deja huella.

Dedicatoria a los autores.

Voces que inspiran

La aventura de Casco Duro

María Camila Tapia Rivas – Municipio de Arboletes

La sábila misteriosa

Laura Vanessa Mendoza James – Municipio de Arboletes

El corazón de Majagual

Yaira Esther Nieto Villegas y Franyelis Carolina Herrera – Municipio de Majagual

El tití cabeciblanco: Esperanza en Necoclí

Yuleydys Mosquera Quintana – Municipio de Necoclí

El venado y el bosque mágico

Ana Milena Cerent Paut – Municipio de Necoclí

El vuelo de Rubí, la guacamaya roja

Laira Sofía Ayala Machado – Municipio de Caribe

El vuelo del barranquero y la búsqueda de amistad

Nicolás Santiago Rodríguez Tobón – Municipio de Caribe

Ínfimo Perico

Juan David Castaño Barón – Municipio de Arboletes

La aventura de Daniel

Danna Mileth Hernández Polo – Municipio de Arboletes

La promesa del venado y la albahaca

Luisa Fernanda Garavis Martínez – Municipio de Arboletes

Mucho más que una frontera

Mailyn Daniela Morales Márquez – Municipio de Arboletes

Un poco sobre el cangrejo azul de la región Caribe

Miguel Vicente Garrido Ortiz y Estefanía Palomino Carrascal – Municipio de Arboletes

La Hicotea y el Encanto del Agua

José Atencia Vargas – Municipio de Majagual

La marcha del cangrejo azul

Ludisney Mosquera – Municipio de Necoclí

El cangrejo azul: Hijos del agua

Juan Diego Asprilla Llerena – Municipio de Necoclí

La Nutria guardiana

Dana Santana Ramos – Municipio de Majagual

Introducción

Este libro reúne cuentos creados por estudiantes en el marco del proyecto La U en tu Colegio, una iniciativa que articula la educación media con la educación superior y promueve aprendizajes significativos desde la realidad territorial. Más que palabras, estas páginas son el reflejo de un proceso educativo que conecta saberes locales con la creatividad juvenil.

Cada relato es una ventana abierta a la biodiversidad, la cultura y las memorias que habitan en nuestros territorios. Aquí, los ríos, las selvas, las ciénagas y las playas se convierten en escenarios donde la imaginación dialoga con la tradición, y donde los protagonistas —animales, plantas y personajes cotidianos— nos enseñan la importancia de cuidar la naturaleza y valorar nuestras raíces.

Estos cuentos no son solo historias: son expresiones de esperanza y compromiso. Escritos con sensibilidad y autenticidad, revelan la mirada de jóvenes que sueñan con transformar sus comunidades, proteger el medio ambiente y mantener vivas las costumbres que nos definen. Cada palabra es un recordatorio de que la educación no termina en el aula: se extiende al territorio, a la vida diaria y al futuro que juntos podemos construir.

Que este libro inspire a seguir creando, aprendiendo y cuidando lo que somos, porque en cada relato florece la voz de una generación que cree en la fuerza del conocimiento y en el poder de la cultura para cambiar el mundo.

(Yohana Josefa Rodríguez Vega. Coordinadora de Articulación, proyecto "La U en tu Colegio". Docente Licenciatura en Ciencias Sociales-Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid)

índice temático:

I. Guardianes de la Naturaleza

Relatos que resaltan la biodiversidad, la protección ambiental y la relación entre seres vivos y su hábitat.

Pag.

4

- La aventura de Casco Duro (Arboletes)
- El tití cabeciblanco: Esperanza en Necoclí (Necoclí)
- El vuelo de Rubí, la guacamaya roja (Región Caribe)
- La Nutria guardiana (Majagual)
- El cangrejo azul: Hijos del agua (Necoclí)
- La marcha del cangrejo azul (Necoclí)

II. Memorias del Territorio

Historias que evocan costumbres, tradiciones y la identidad cultural de las comunidades.

21

- El corazón de Majagual (Majagual)
- La aventura de Daniel (Arboletes)
- Mucho más que una frontera (Arboletes)
- La promesa del venado y la albahaca (Necoclí)

III. Voces para el Futuro

Relatos con enseñanzas sobre convivencia, respeto y valores que inspiran cambios sociales y ambientales.

31

- Ínfimo Perico (Arboletes)
- La sábila misteriosa (Arboletes)
- El vuelo del barranquero y la búsqueda de amistad (Región Caribe)
- Un poco sobre el cangrejo azul de la región Caribe (Arboletes)

IV. Fantasía y Magia del Territorio

Cuentos que mezclan elementos reales con imaginación para transmitir mensajes sobre la naturaleza y la cultura.

42

- El venado y el bosque mágico (Necoclí)
- La Hicotea y el Encanto del Agua (Majagual)



I. Guardianes de la Naturaleza

Relatos que resaltan la biodiversidad, la protección ambiental y la relación entre seres vivos y su hábitat.

The background of the page is a watercolor illustration of a tropical beach. In the top left, a palm tree's fronds hang down. On the left side, a mangrove tree with thick, gnarled roots stands on the sandy shore. In the foreground, a small red crab is on the left, and a green iguana is on the right, facing the crab. The ocean is blue with white waves crashing onto the shore. The sky is a mix of light blue and pinkish-orange, suggesting a sunset or sunrise.

La aventura de Casco Duro

Casco Duro era un cangrejo de caparazón rojo y resistente que vivía cerca del famoso Volcán de Lodo de Arboletes. Le encantaba comer las hojas gruesas y brillantes del mangle rojo que crecían junto al mar. Todos los días caminaba de lado, tranquilo, convencido de que su vida era perfecta.

Un día, mientras buscaba un escondite, se encontró con una iguana enorme llamada Doña Caimán. Ella mordisqueaba una flor de coralito, pero su mirada reflejaba preocupación. —¿Por qué caminas tan lento, Casco Duro? El mundo no se queda quieto —le dijo. —Mi vida es buena aquí, ¿qué más necesito? —respondió el cangrejo, orgulloso de su caparazón.

Doña Caimán le explicó que las lluvias habían sido intensas y que el volcán estaba cambiando. El lodo, considerado medicina y secreto de juventud por el pueblo, salía más espeso y caliente de lo normal. —Si el volcán se tapa o el lodo se transforma, la gente perderá su tesoro —advirtió. —Necesitamos que alguien ágil y pequeño explore el túnel y descubra qué ocurre dentro. Pero es peligroso: está lleno de gases calientes.



Casco Duro sintió un nudo en su interior. Él solo quería comer hojas de mangle, no convertirse en héroe. Sin embargo, recordó las palabras de Doña Caimán: "El mundo no se queda quieto." Respiró hondo. Era hora de dejar atrás la comodidad.

Se despidió y caminó hacia el volcán. Al llegar, el olor a barro caliente le picó la nariz. Con sus pinzas cavó y se adentró en un túnel estrecho que nacía del cono principal. Dentro, avanzó con rapidez. Pronto descubrió que unas rocas, arrastradas por la lluvia, bloqueaban la salida del lodo. El calor era sofocante, y el cangrejo sintió que se cocinaba. Con todas sus fuerzas, usó su caparazón como herramienta y sus pinzas como palancas. Empujó una roca, luego otra y otra, sin detenerse.

Finalmente, con un estruendo sordo, las piedras se desplomaron al fondo del túnel. Casco Duro emergió cubierto de lodo fresco. El volcán, liberado, lanzó un chorro de barro medicinal, normal y renovado.

El cangrejo volvió junto a Doña Caimán. No contó a nadie lo que había hecho. Regresó a su lugar, a comer hojas de mangle. Pero ahora, cuando caminaba de lado, ya no era solo un cangrejo tranquilo: era el guardián silencioso del tesoro de Arboletes.

María Camila Tapia Rivas – Municipio de Arboletes

El tití cabeciblanco: Esperanza en Necoclí

Hace ya varios años, en los verdes y hermosos paisajes del municipio de Necoclí, habitaba un pequeño mamífero que pocos conocían: el tití cabeciblanco. Era un mono diminuto, ágil y curioso, con un pelaje marrón que se confundía entre las ramas de los árboles. Lo más hermoso de él era su cabeza: una cresta blanca, larga y brillante que le daba una apariencia grandiosa, como si llevara una corona de luz en medio del bosque.

El tití cabeciblanco pasaba sus días saltando de rama en rama, buscando frutos maduros, pequeños insectos y hojas tiernas para alimentarse. Vivía en armonía con otros animales del bosque y con los sonidos suaves del viento y el canto de las aves. Todo parecía eterno en ese rincón de Necoclí, donde la selva respiraba vida y las quebradas brotaban, siendo uno de sus pocos recursos de agua.

Pero el tiempo cambió, y con él también la suerte del pequeño tití. Los humanos comenzaron a acercarse cada vez más a su hogar. Primero fueron los carpinteros, que cortaban los árboles para vender la madera. Luego vinieron los cazadores, que atrapaban a los titíes para venderlos como mascotas exóticas o simplemente por diversión. Poco a poco, el bosque que alguna vez fue su refugio empezó a desaparecer.



El cambio climático, la deforestación y la caza ilegal destruyeron todo lo que el tití conocía. Las lluvias se hicieron más escasas, el sol quemaba más fuerte y los árboles caídos dejaban huecos enormes donde antes había sombra y alimento. El pequeño tití, confundido y asustado, veía cómo su familia y sus amigos desaparecían uno a uno, y su especie se hacía cada vez más escasa.

Una mañana, mientras buscaba frutas, Tiko —así llamaban al tití más joven del grupo— escuchó un ruido extraño: era el sonido de una motosierra. Se escondió entre las ramas y observó a varios hombres talando los árboles más grandes del bosque.

—¿Por qué lo hacen? —pensó Tiko—. ¿Acaso no saben que aquí vivimos muchos seres?

Con el paso de los días, los animales comenzaron a irse. El bosque se volvió silencioso y triste. Los humanos habían invadido demasiado, y el hogar de Tiko se desmoronaba. Sin embargo, no todos eran iguales. Algunos habitantes de Necoclí se dieron cuenta del daño que estaban causando y empezaron a preocuparse por el tití cabeciblanco, un animal que ya casi no se veía.

La comunidad comenzó a reunirse para buscar soluciones. Ilegalizaron su exportación, prohibieron su caza y organizaron campañas para enseñar a los niños la importancia de proteger su hábitat. También plantaron nuevos árboles y cuidaron los pocos espacios naturales que quedaban. Poco a poco, la esperanza volvió a crecer, como una semilla que germina después de la tormenta.



A colorful illustration of a young girl with long brown hair tied in a ponytail, wearing a yellow shirt and a red skirt, kneeling on the ground and reaching out her hand towards a small brown monkey with a white crest. The monkey is perched on a tree branch, looking down at the girl. They are in a lush green forest with large trees and a body of water in the background.

Una niña llamada Lucía fue una de las más comprometidas. Le encantaba observar a los animales y soñaba con que los titíes volvieran a llenar los árboles de Necoclí. Un día, mientras caminaba por el bosque reforestado, vio algo moverse entre las ramas. Era Tiko, con su hermosa cresta blanca brillando bajo el sol. La niña sonrió emocionada y le habló en voz baja:

—No tengas miedo, pequeño. Estamos cuidando tu casa.

Desde ese día, Lucía visitaba el bosque cada semana para sembrar más árboles. Y Tiko, curioso, la seguía desde lo alto, observando cómo la naturaleza volvía a florecer. El canto de los pájaros regresó, las quebradas se limpiaron y, con el tiempo, más titíes cabeciblanco fueron apareciendo.

El bosque de Necoclí volvió a tener vida. Las personas aprendieron que proteger a los animales también era proteger su propio futuro. El tití cabeciblanco, aquel pequeño mono de pelaje marrón y cabeza blanca, se convirtió en un símbolo de esperanza, recordándoles a todos que todavía hay tiempo para cambiar, para cuidar y para vivir en armonía con la naturaleza.

Yuleydys Mosquera Quintana – Municipio de Necoclí

El vuelo de Rubí, la guacamaya roja

Mi hermana y yo siempre hemos sido fans de los animales exóticos, pero para mí nada se compara con una guacamaya roja. Cuando era pequeña pensaba que esos pájaros solo vivían en libros o en cuentas de Instagram. Sin embargo, un día, en vacaciones cerca del río Guane, todo cambió: vi una de verdad mientras paseaba por la orilla, explorando como siempre me gusta hacerlo. Mi abuela la llamó Rubí, como la piedra preciosa, por su color increíble.

Rubí era una guacamaya roja (*Ara macao*), y la primera vez que la vi estaba en un árbol de guayabas, lejos de cualquier casa, en medio del bosque. Al principio solo la observaba de lejos, porque las guacamayas son muy desconfiadas y siempre están pendientes de todo lo que pasa. La vez que logré verla más cerca fue porque alguien había dejado unas frutas sobre una piedra, esperando atraer animales. Yo estaba escondida, mirando sin hacer ruido, y de repente Rubí llegó volando. Era una explosión de rojo, amarillo y azul, y la luz del sol hacía brillar sus plumas como un arcoíris.

Rubí picoteó el mango y la guayaba, y me miró con esos ojos redondos e intensos. No sé por qué, pero sentí que ella sabía que yo era nueva en ese lugar. Me mantuve quieta y no hice ningún gesto brusco, porque mi abuela enseña que los animales sienten cuando tienes miedo o estás tranquila. Rubí comió despacio y luego extendió sus alas, mostrando todo su poder. Quedé muy impresionada.



Con el tiempo, Rubí empezó a acercarse más y ya no parecía tener tanto miedo. Incluso imité su grito, fuerte y resonante, que se escucha por todo el bosque. Descubrí que las guacamayas rojas no solo son hermosas, también son muy inteligentes. Aprendí que viven en pareja y que, aunque muchas personas intentan atraparlas por sus colores, ellas prefieren ser libres en el cielo de la selva, porque ahí encuentran todo lo que necesitan.

Cada mañana, Rubí recorría el río Guane y reunía a otras guacamayas. Era un espectáculo de colores, y los turistas siempre se detenían a fotografiarla. Pero para mí era más: era sentir que compartía algo especial con la naturaleza. A veces, mi hermana y yo recogíamos semillas y las dejábamos en el suelo, porque mi abuela dice que las guacamayas rojas ayudan a que nuevos árboles crezcan.

Rubí siguió apareciendo en las mañanas, y siempre se la veía feliz, volando con sus amigos. Aprendí que la libertad es lo mejor que puede tener un animal y que, aunque sea emocionante tener un pájaro tan bonito cerca, lo más correcto es dejarlo vivir su vida en su propio lugar.

Ahora, cada vez que vuelvo al pueblo y veo una guacamaya roja, pienso que tal vez sea Rubí. Y me alegra saber que, mientras haya personas que se preocupen por cuidar a las aves y el bosque, siempre tendremos historias para recordar sobre su vuelo increíble.

Laira Sofía Ayala Machado – Región Caribe



La Nutria guardiana

En La Mojana siempre se ha dicho que el agua tiene espíritu, pero yo nunca lo había creído del todo hasta que conocí la historia —y casi podría decir la presencia— de la nutria guardiana. No es una nutria cualquiera. Los mayores la llaman “la que vigila los caños” y aseguran que aparece solo cuando el territorio está cambiando o cuando algo importante está por suceder.

La primera vez que la vi tuve la sensación de que no estaba frente a un animal normal. Era más grande que las nutrias comunes, con un pelaje tan oscuro que parecía absorber la luz del atardecer. Sus ojos, en cambio, brillaban como si guardaran dentro el reflejo de todo el río. Nadaba sin hacer ruido, como si el agua la reconociera y le abriera camino. Algunos dicen que esa es la señal de que no se trata de una nutria cualquiera, sino de un espíritu antiguo.

Cuentan que, hace muchos años, cuando La Mojana todavía no estaba llena de caminos ni motores, vivía una mujer que cuidaba los caños. Sabía leer el movimiento del agua, la llegada de las lluvias y hasta los cambios del viento. Un día, según la leyenda, desapareció sin dejar huella. Desde entonces empezó a verse una nutria distinta, que parecía entender todo lo que ocurría alrededor. Los viejos aseguran que aquella mujer no murió, sino que se transformó para seguir protegiendo el territorio.



No sé si esa historia sea cierta, pero lo que sí sé es que esta nutria no actúa como las demás. La he visto aparecer justo en los momentos en que el caño está más tranquilo, como si lo estuviera revisando. Se asoma, observa, escucha. Y cuando hay ruido, basura o algo que desentona con el lugar, no se acerca. Es como si marcara con su ausencia que algo anda mal.

Una tarde, cuando el cielo estaba encendido de rojo, la nutria salió a la orilla. Caminó despacio, sin asustarse, como si supiera que yo estaba allí pero no le molestará. Parecía inspeccionar algo entre las piedras. En ese instante, el viento se detuvo y el agua dejó de moverse. Fue tan extraño que pensé que era mi imaginación. Pero cuando levantó la cabeza, tuve la sensación clara de que no estaba viendo a un simple animal, sino a una mensajera.

En La Mojana dicen que, cuando la nutria guardiana aparece, el agua está pidiendo que la escuchen. Su presencia es advertencia y protección al mismo tiempo. Algunos creen que, si ella desaparece, los caños se secarán o perderán su vida. Otros dicen que es la encargada de abrir caminos secretos para que los peces lleguen a donde deben llegar.



Quien escucha al agua, protege la vida; quien la ignora, la pierde.

Yo aprendí que La Mojana no es solo el lugar donde vivimos, sino un territorio lleno de vida que depende del agua para mantenerse. También comprendí que se están perdiendo los saberes de los mayores: leer el río, entender las señales del agua, respetar los tiempos de la naturaleza y reconocer la importancia de cada especie. Para recuperarlos, necesitamos escuchar más a quienes conocen el territorio, rescatar historias y valorar lo que para otros ya no significa nada.

Mi papel es cuidar lo que todavía queda: no contaminar, respetar los caños, hablar de lo que está pasando y motivar a otros a actuar. Puede que solo tenga dieciséis años, pero sé que cada acción cuenta. Si no protegemos a seres como la nutria y las tradiciones que vienen con el territorio, La Mojana perderá parte de su alma.

Dana Santana Ramos – Municipio de Majagual



El cangrejo azul: Hijos del agua

Cuenta la leyenda que, en la antigüedad, criaturas de ocho patas y dos brazos con tenazas corrían por montones, tan azules como un zafiro. Año tras año aparecían como si el mar arremetiera contra la tierra una vez al año. Los humanos luchaban contra estas criaturas, creyéndose elegidos por la tierra; los cazaban, los comían y los comerciaban.

Con el tiempo, solo aquellos que vivieron esa era —y sus descendientes que escucharon las historias— comprendieron la falta que hacían. Su constante y progresiva disminución era como si las aguas se rindieran y dejaran de enviar sus tropas.

Fue entonces cuando no aparecieron más. La tierra se tornó seca, los mares se retrajeron, los ríos dejaron de correr. El agua decidió adentrarse en la tierra, quizás como señal de rendición, tal vez como castigo. Al principio los humanos no se preocuparon, pero el tiempo mostró la cara de la muerte: la escasez. Con temor, rezaron y rogaron tanto a la tierra como al enemigo que habían creado. Sin respuesta, robaron lo que quedaba de agua. Imperios cayeron a causa de una guerra: la mortal guerra del hidrato. Las creencias se desmoronaban y los ancianos proclamaron una búsqueda: "El que encuentre una bestia azul como un zafiro será el líder indiscutible de la humanidad".



Miles salieron: jóvenes, adultos y ancianos. Algunos por la tentación del poder, otros por recuerdos lejanos de un líquido fresco e indescriptible.

Un joven más en esta búsqueda, con la única información de las historias de su abuelo —pues había vivido toda su vida bajo el manto de la tierra árida— encontró lo que creyó una pista: una cueva repleta de dibujos que concordaban con las descripciones de las leyendas. Sobre ellos, una frase: “Yacen aquí los hijos del agua, tan azules como una gema”. Al mirar alrededor, halló otra inscripción: “Se llamarán cangrejos azules”.

De pronto, el lugar por donde había entrado se derrumbó y no le quedó más opción que adentrarse en la cueva. Tras lo que parecieron horas, las paredes cambiaron: el azul era lo único en su vista, y una inquietante luz cubría un espacio abierto, con símbolos tallados en el suelo. Al dar unos pasos, los símbolos empezaron a brillar y el joven cayó inconsciente.

Un sonido de rasgadura se hizo presente. Una sombra descomunal cubrió todo, evocada por aquel estruendo. El joven despertó en el gélido suelo rocoso de una montaña. Sus piernas ardían, su espalda traqueteaba con el mínimo movimiento. Al levantarse, con un leve mareo, enfocó la vista y quedó aterrorizado: miles de criaturas lo miraban. Con el corazón latiendo como un velocista, salió corriendo sin dirección, viendo cómo el horizonte se tornaba azul.



Por azares del destino, llegó a su ciudad natal. Con los ojos inyectados de pánico, gritaba por las calles, sin lógica ni explicación: "¡Ya vienen!".

No pasó ni una semana cuando llegaron. La tierra húmeda, cual pantanal, dificultaba el movimiento; los cadáveres se amontonaban sin distinguir bando. Años de guerra se acumularon. El joven, antes explorador, era ahora general. Treinta años después, generales de ambos bandos se acercaron a buscar un tratado de paz. Lo pactado fue respeto y no cacería.

Han pasado miles de años desde esa era, y cada especie se ha deteriorado, volviéndose más débil con cada siglo. El pacto se mantuvo durante milenios, pero ahora se ha roto, y el ciclo se repite. Progresivamente, los cangrejos azules van disminuyendo, y quienes aún conocen esta historia temen que desaparezcan los hijos del agua.

Juan Diego Asprilla Llerena – Municipio de Necoclí



La marcha del cangrejo azul

En el mes de mayo, en Necoclí, cuando el sol despierta el calor y el viento del mar huele a sal y esperanza, los cangrejos azules comienzan su largo viaje hacia la orilla.

Durante generaciones, los habitantes del pequeño pueblo urabeño han llamado a este lento y largo recorrido "La Marcha del Cangrejo Azul". Es un espectáculo que ocurre cada año, cuando miles de cangrejos emergen de sus madrigueras en los manglares y se dirigen lentamente hacia el mar. Allí, las hembras liberan sus huevos al agua, dejando el destino de sus crías en manos del océano.

Pero hubo un año en que algo cambió. Cuando el sol empezaba a ocultarse y el aire se volvía húmedo, el silencio de la noche fue interrumpido por el ruido de motores y voces humanas. Los hombres comenzaron a capturar a estos hermosos crustáceos en pequeños sacos. Pescadores y cocineros del pueblo habían encontrado en los cangrejos un banquete fácil y sabroso. Durante años los cazaron, sin pensar que cada uno de esos pequeños cuerpos azules era una vida necesaria para mantener el equilibrio de los ecosistemas.



Entre los miles de cangrejos que avanzaban aquel mayo iba una hembra llamada Petra. Su caparazón brillaba con un tono azul profundo y sus ojos reflejaban la luna que los guiaba hacia el agua. Había recorrido ese camino muchas veces, pero ahora sentía miedo. En el trayecto veía trampas, cubetas, redes y los murmullos de quienes la esperaban a ella y a sus compañeros con ansias y malicia. Muchos quedaban atrapados y sus pasos se hacían más lentos con cada metro.

Desde lo alto de una duna, un niño llamado Tomás observaba. Cada año esperaba la marcha con emoción, pues le gustaba ver cómo pasaban. Pero ese año escuchó a los adultos decir que cazarían más que nunca, porque "había pocos y valían más". Aquellas palabras lo dejaron pensativo y preocupado por el destino de esas pequeñas criaturas.

Mientras estaba allí, vio a Petra avanzar sola y con dificultad. Decidió ayudarla: la tomó con cuidado y la llevó en una cubeta hasta la orilla. Allí, el cangrejo extendió sus patas, sintió el frescor del agua y dejó caer sus huevos en el mar, como dictaba la antigua costumbre de su especie. Tomás sonrió, aunque a su alrededor solo veía restos de redes y caparazones vacíos.





Esa noche, al regresar a casa, escribió un pequeño mensaje y lo dejó en la puerta de la alcaldía: "Si seguimos cazándolos, pronto ya no habrá marcha. Y sin marcha, el mar se morirá de tristeza." Pasaron los meses y la carta del niño se hizo famosa por su mensaje inocente y verdadero. Llegaron científicos, ambientalistas y curiosos, quienes poco a poco establecieron reglas para proteger a los cangrejos. Pero estas reglas no fueron suficientes para quienes los consumían, pues este pequeño animalito ya hacía parte de la tradición y muchos se negaban a dejarlo.

Hoy en día, los cangrejos azules luchan contra su caza. Sus marchas son más pequeñas y solitarias, aunque nunca falta la compañía de quienes los esperan con emoción cada mayo.

Ludisney Mosquera – Municipio de Necoclí



Sí seguimos cazándolos
pronto ya no habrá
marcha.
Y sin marcha, el mar
se morirá de tristeza.





II. Memorias del Territorio

Historias que evocan costumbres, tradiciones y la identidad cultural de las comunidades.

El corazón de Majagual

Me llamo Lucía, tengo dieciséis años y vivo en Majagual, Sucre, un pueblo donde los días huelen a campo y a café recién colado. Aquí la vida es sencilla, pero está llena de historias que se tejen entre los cultivos, los caminos de tierra y las risas que se escuchan desde los corredores de las casas.

Mi abuela, Doña Emilia, siempre dice que Majagual tiene alma propia. Ella conoce todos los secretos del pueblo: cuándo sembrar el arroz, cómo preparar el mote de queso y qué plantas curan el mal de ojo. Me enseña que la verdadera sabiduría está en lo que se transmite de generación en generación, sin necesidad de libros.

Las mañanas en mi casa empiezan temprano. Mientras el sol asoma, Doña Emilia prende el fogón de leña y pone a hervir el agua para el café. Yo la ayudo a moler el maíz para las arepas y a pelar yuca para el almuerzo. Afuera, los gallos cantan y los burros rebuznan, marcando el ritmo del pueblo.

A veces, mientras cocinamos, mi abuela me cuenta cómo era Majagual cuando ella era joven. Dice que las fiestas duraban tres días y que todo el pueblo bailaba al son del tambor alegre, la caja y la guacharaca. Los hombres se ponían sombreros vueltiaos, las mujeres usaban faldas coloridas y nadie se quedaba sin zapatear.

—Antes no había televisión ni celulares —dice siempre—, pero había más alegría y unión.



Una tarde, mientras barría el patio, vi una tortuga galápago cruzando lentamente entre las matas de orégano. Su caparazón brillaba con el sol y recordé que mi abuela decía que esos animales traen suerte y larga vida. Me pareció tan tranquila que la bauticé Doña Paz, como símbolo de la calma que reina en Majagual.

En el pueblo, todos se conocen. Don Julián, el panadero, reparte el pan en bicicleta; la señora Rosa vende empanadas en la esquina; y los niños juegan al trompo bajo los almendros. Cada sábado, la plaza se llena de gente para el mercado: hay plátanos, yuca, queso y, sobre todo, conversación. Aquí nadie pasa de largo sin saludar.

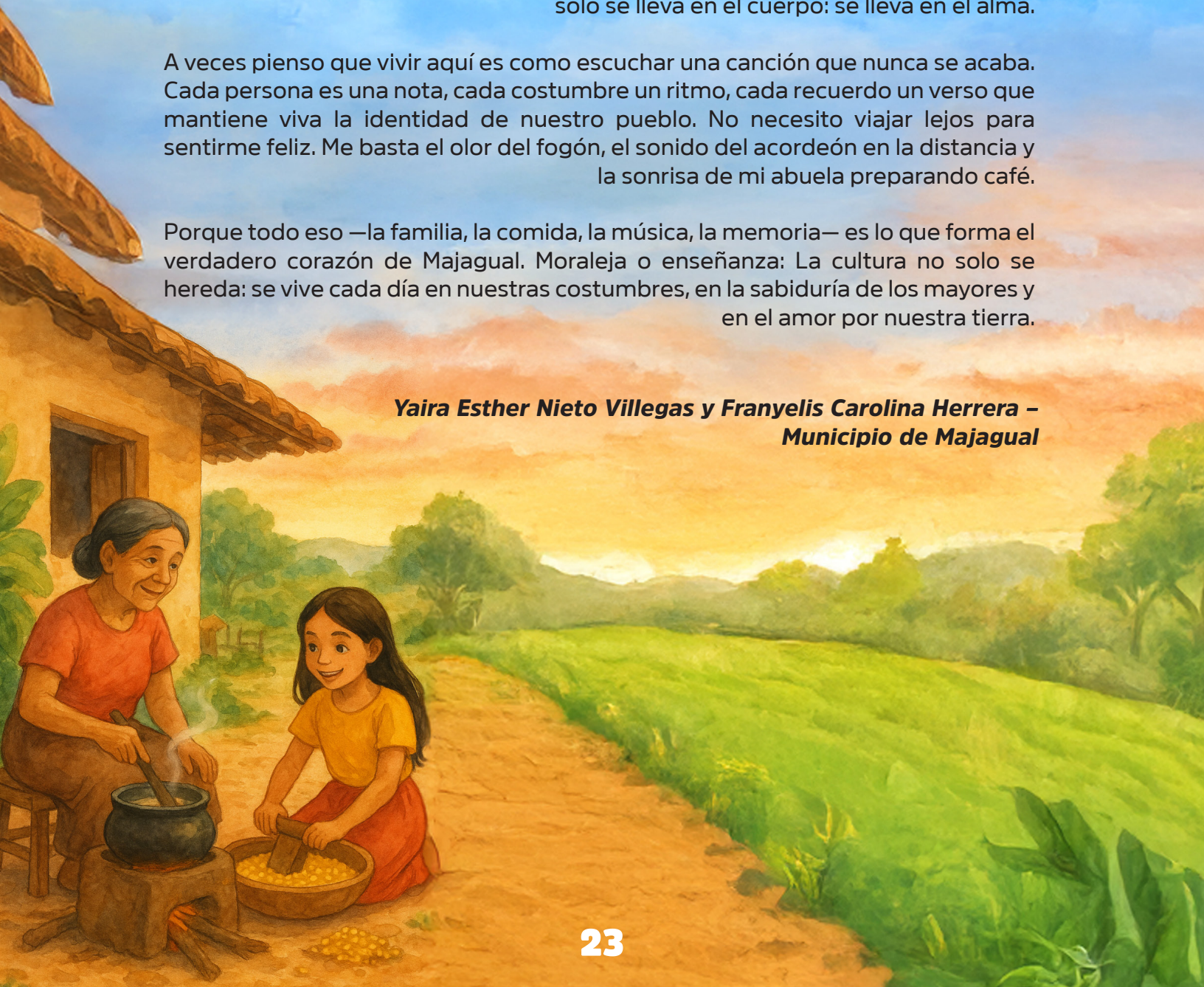
En las noches, me gusta sentarme con mi abuela en el corredor. Mientras sopla la brisa del San Jorge, ella me enseña dichos antiguos:

—Hija, quien no valora su tierra, no tiene raíz. Yo la escucho, entendiendo que esas palabras son más que consejos: son la esencia de nuestra cultura. Majagual no solo se lleva en el cuerpo: se lleva en el alma.

A veces pienso que vivir aquí es como escuchar una canción que nunca se acaba. Cada persona es una nota, cada costumbre un ritmo, cada recuerdo un verso que mantiene viva la identidad de nuestro pueblo. No necesito viajar lejos para sentirme feliz. Me basta el olor del fogón, el sonido del acordeón en la distancia y la sonrisa de mi abuela preparando café.

Porque todo eso —la familia, la comida, la música, la memoria— es lo que forma el verdadero corazón de Majagual. Moraleja o enseñanza: La cultura no solo se hereda: se vive cada día en nuestras costumbres, en la sabiduría de los mayores y en el amor por nuestra tierra.

***Yaira Esther Nieto Villegas y Franyelis Carolina Herrera –
Municipio de Majagual***



La aventura de Daniel

Había una vez un joven llamado Daniel que vivía en Armenia con sus padres y su hermana menor. Desde pequeño le gustaba el mar y los animales acuáticos. Con el paso de los años, creció y se convirtió en un joven apasionado por sus sueños y metas. Tenía dos sueños importantes: el primero, especializarse en biología marina; y el segundo, conocer el mar y experimentar la vida en un clima tropical.

Al llegar su cumpleaños número 17, sus padres le regalaron un paquete turístico con destino a Arboletes, Antioquia. Ellos escogieron este bello lugar porque sabían que era lo que más anhelaba. Daniel se llenó de emoción y alegría al saber que uno de sus sueños se haría realidad. Así fue como él y su familia emprendieron viaje hacia Arboletes.

Al llegar, se dio cuenta de que no solo conocería el mar, sino que también viviría una gran aventura. Se hospedaron en un hotel y salieron a bañarse en la playa y a recorrer el encantador lugar. Descubrieron una variada gastronomía, donde el plátano no solo se comía frito, sino también en cabeza de gato, con queso y suero. Ese plato se convirtió en su preferido.

En la noche salieron a la plaza y se encontraron con la hermosa cultura arboletina: mujeres y hombres bailando bullerengue al ritmo de tambores de cuero, con faldas largas y coloridas que se movían con gracia.

Al día siguiente, Daniel siguió explorando y se encontró con murallas que guardaban recuerdos e historias del pueblo. En la playa observaron cómo los pescadores lanzaban sus redes y cómo los pájaros parecían atentos observadores desde el cielo. Él y sus padres estaban encantados con Arboletes. También pasearon por el muelle, donde encontraron palanqueras que ofrecían cocadas artesanales.



Para Daniel, todo era una aventura inolvidable: no solo porque había conocido el mar, sino porque estaba explorando un magnífico lugar tropical lleno de maravillas. Desde la orilla divisó una isla llamada Tortuguilla, a la cual se llegaba en lancha. Así fue como él y su familia decidieron conocerla.

Al llegar, comenzaron a explorar y se encontraron con un bello cangrejo azul que caminaba por la arena. Daniel se llenó de asombro al ver cómo brillaba el caparazón del animal. Luego hicieron un picnic para compartir en familia. Sin embargo, después de un rato, Daniel sintió un gran ardor en su cara: estaba roja porque no estaba acostumbrado al clima y había olvidado aplicarse bloqueador solar.

Sus padres se asustaron mucho al ver cómo se ponía su piel. El lanchero que los había llevado, al verlos tan desesperados, los ayudó: buscó una penca de sábila y la aplicó sobre las quemaduras. Daniel se sintió un poco mejor. Rápidamente lo llevaron al hospital, donde el doctor les dijo que, gracias a los nutrientes de la sábila, las quemaduras solo habían sido superficiales. Sus padres se alegraron de que no pasara a mayores y agradecieron profundamente al lanchero por su ayuda.

Llegó el último día de aquel paquete turístico. Daniel no recordaba Arboletes por su quemadura, sino por todas las experiencias vividas y lo aprendido. En ese maravilloso lugar había cumplido uno de sus más grandes sueños: conocer el mar y vivir una gran aventura. También aprendió que los únicos sueños que no se cumplen son aquellos que no están en nuestro corazón y que no nos atrevemos a convertir en realidad.

Danna Mileth Hernández Polo – Municipio de Arboletes



Mucho más que una frontera

—Si no puedes ir fuera de los árboles es porque es peligroso, Lupita. Además, sigues siendo muy pequeña para acercarte a la frontera; solo eres un pichón —le dije a la pequeña perico que me miraba con ojitos relucientes de deseo.

—Por favor, señor Fede, no soy pequeña. Ya puedo abrir mis alas. No entiendo por qué me prohíben salir afuera de los árboles. Las fronteras no son peligrosas, a mi parecer —insistió el ave.

Yo no estaba de acuerdo con su opinión. Aunque tenía razón al decir que las fronteras no parecían peligrosas, ella no sabía lo que había más allá.

—Te contaré mi historia, Lupita. Así entenderás las razones...

Años atrás, 1960, Arboletes

—Mamá, ya me voy. Te aseguro que volveré tan rápido que no sentirás los días. Estaré bien, iré con Pepito —le dije con entusiasmo.

Hacía apenas un par de quincenas había abierto mis alas, y al volar oficialmente me convertía en un ave responsable de mí mismo. La primera decisión ya estaba tomada: viajaría fuera de las fronteras.

—Federico, quiero que repitas lo que harás —me pidió mi madre, angustiada. Pasar la frontera estaba prohibido para los pericos, pues se rumoreaba que quien salía no volvía, y si lo hacía, regresaba muerto.

—Cuando cruce las fronteras iré directo donde mi tía, que vive en una casa de familias. Ella me indicará dónde viven mis otros tíos y, junto a Pepito,



conoceremos a otros pericos hasta recolectar lo necesario para la investigación —respondí, intentando calmarla.

Nos despedimos y emprendimos la travesía. Al llegar donde la tía, escuchamos su relato:

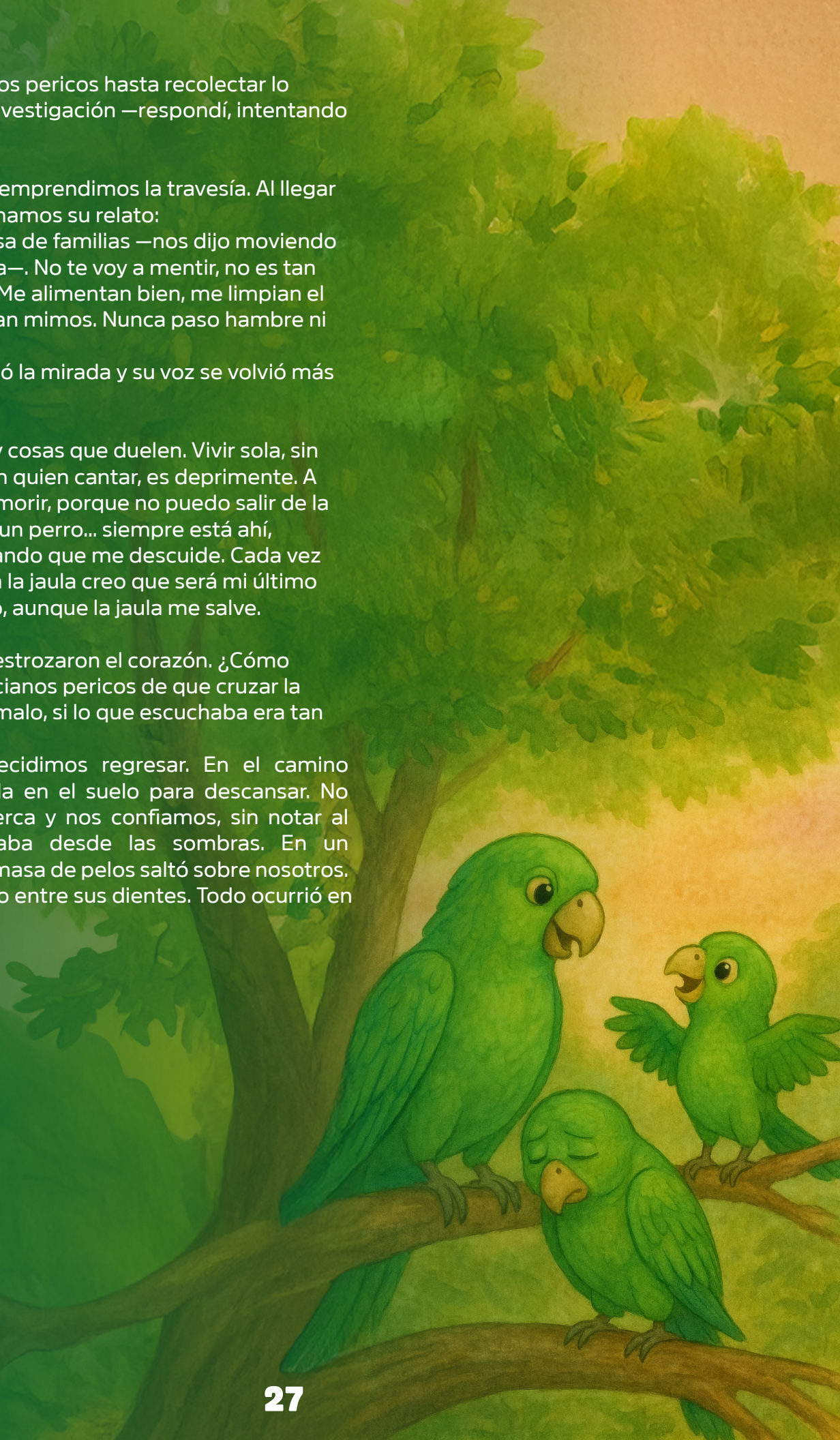
—Yo vivo en una casa de familias —nos dijo moviendo sus alitas con calma—. No te voy a mentir, no es tan grave como dicen. Me alimentan bien, me limpian el lugar, incluso me dan mimos. Nunca paso hambre ni frío en las noches.

Hizo una pausa, bajó la mirada y su voz se volvió más triste:

—Pero también hay cosas que duelen. Vivir sola, sin un nido ni nadie con quien cantar, es deprimente. A veces he deseado morir, porque no puedo salir de la jaula. Además, hay un perro... siempre está ahí, mirándome, esperando que me descuide. Cada vez que se lanza contra la jaula creo que será mi último día. Vivo con miedo, aunque la jaula me salve.

Sus palabras me destrozaron el corazón. ¿Cómo convencer a los ancianos pericos de que cruzar la barrera no era tan malo, si lo que escuchaba era tan aterrador?

Decepcionados, decidimos regresar. En el camino hicimos una parada en el suelo para descansar. No vimos humanos cerca y nos confiamos, sin notar al felino que acechaba desde las sombras. En un instante, una gran masa de pelos saltó sobre nosotros. Pepito fue atrapado entre sus dientes. Todo ocurrió en



segundos: el gato lo asesinó mientras yo, temblando, apenas lograba alzar el vuelo con lágrimas en los ojos.

¿Cómo podría regresar y mirar a sus padres, sabiendo que por mi culpa su hijo ya no estaba? No podía mirar atrás. Solo debía regresar a los nidos, si quería seguir respirando.

Actualidad

—Pero, señor Fede, por culpa de los humanos tenemos que vivir marginados y escondidos. ¿Por qué nosotros pagamos las consecuencias? —dijo Lupita, con lágrimas en los ojos.

—No lo sé, pequeña. Supongo que ese es el precio de ser una especie pequeña y pacífica. La paz se convirtió en presagio de debilidad.

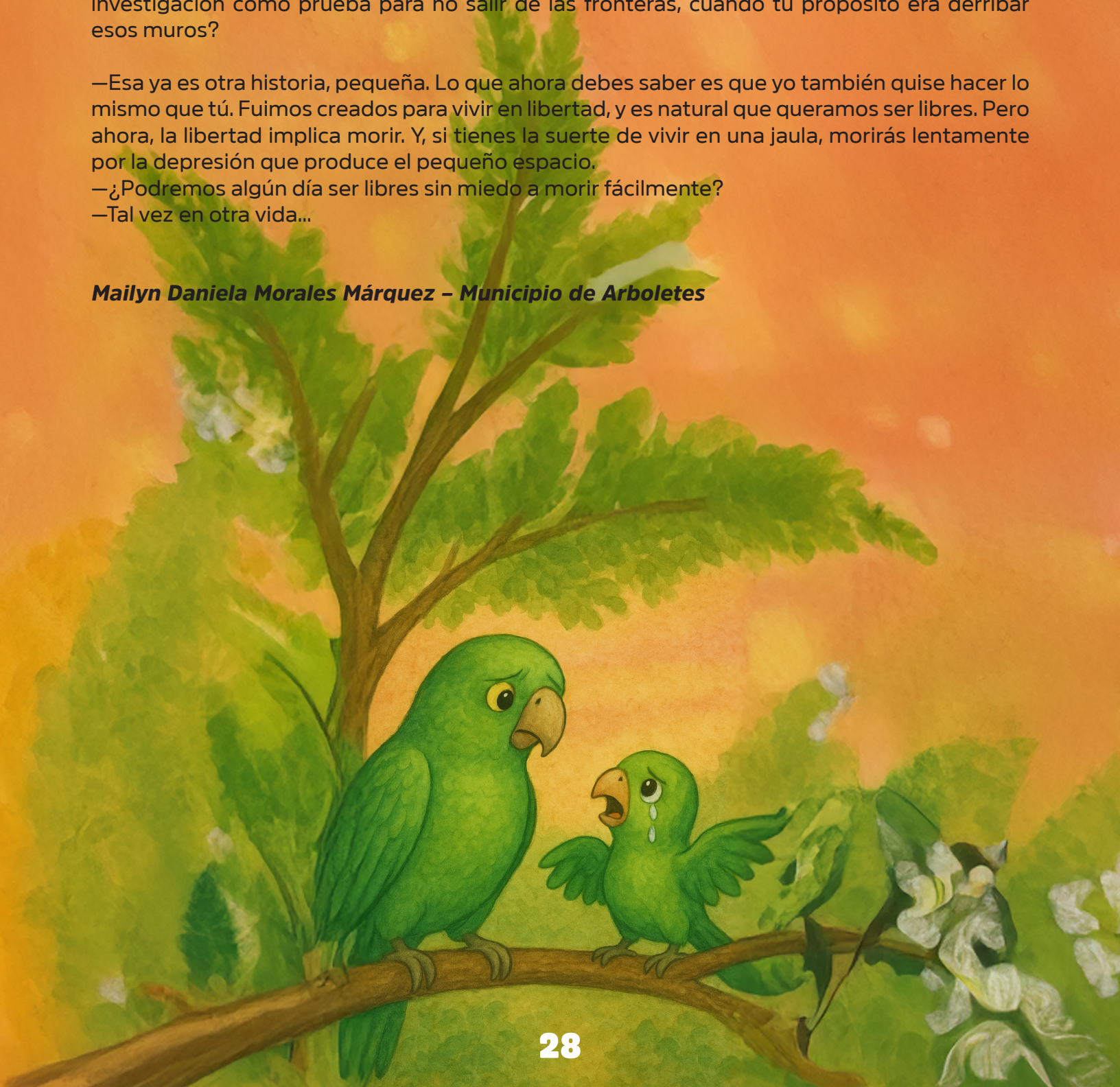
—¿Cómo le contaste a sus padres? ¿Cómo fue regresar a los nidos? ¿Cómo mostraste tu investigación como prueba para no salir de las fronteras, cuando tu propósito era derribar esos muros?

—Esa ya es otra historia, pequeña. Lo que ahora debes saber es que yo también quise hacer lo mismo que tú. Fuimos creados para vivir en libertad, y es natural que queramos ser libres. Pero ahora, la libertad implica morir. Y, si tienes la suerte de vivir en una jaula, morirás lentamente por la depresión que produce el pequeño espacio.

—¿Podremos algún día ser libres sin miedo a morir fácilmente?

—Tal vez en otra vida...

Mailyn Daniela Morales Márquez – Municipio de Arboletes



La promesa del venado y la albahaca

Dicen los ancestros que, antes de que la civilización llegara a Necoclí, cuando el mar y la selva hablaban el mismo idioma, vivía un venado que bajaba todas las tardes a beber agua en la quebrada La Mansa. Yo lo vi una vez, cuando era apenas una muchacha aprendiz de la vida y de la tierra.

El venado no era un animal cualquiera. Tenía los ojos como pozos de luna y las patas tan ligeras que ni las hojas lo sentían pasar. Le llamaban Guadualito, porque dormía entre los guaduales cerca de las fincas donde crecía el arroz.

Una tarde, mientras el cielo se pintaba de naranja por los atardeceres que nacen a orillas del mar, el venado sintió un aroma que lo hizo detenerse. Era el olor dulce y fresco de la albahaca, que una joven sembraba junto a su casa para alejar las malas vibras y bendecir los alimentos. El venado se acercó y escuchó una voz suave:

—No me arranques, venadito. Mi fuerza no está en mis hojas, sino en el perfume que regalo.

El venado, curioso, preguntó:

—¿Y cómo puede algo tan pequeño dar tanta paz al aire?



La albahaca respondió:

—Porque la tierra me enseñó que quien deja buenos olores sin pedir nada siempre deja huella. El venado guardó silencio y siguió su camino hasta los arrozales, donde el viento jugaba entre los matorrales. Allí escuchó otro susurro, el del arroz que crecía con paciencia bajo el sol:

—Amigo venado, nosotros alimentamos a la gente del pueblo. Pero sin el agua que corre desde la montaña, sin las manos que siembran con cariño, nada seríamos.

Entonces comprendió que el agua, la planta, el animal y el ser humano formaban un solo corazón latiendo al ritmo de la tierra. Desde ese día prometió cuidar los cultivos, no pisar las semillas nuevas y proteger los caminos del monte.

Cuentan que cada vez que cae la tarde y sopla una brisa con olor a albahaca, el espíritu de Guadualito pasa cerca de los arrozales, recordándole al pueblo de Necoclí que la vida florece cuando se respeta el territorio y los saberes antiguos.

Luisa Fernanda Garavis Martínez – Municipio de Arboletes





III. Voces para el Futuro

Relatos con enseñanzas sobre convivencia, respeto y valores que inspiran cambios sociales y ambientales.

Ínfimo Perico

En un mundo donde primaba la libertad, con el paso del tiempo aquello que era considerado "normal" pasó a ser un lujo del cual todos debían estar atentos para no perderlo... Pero rebobinemos.

Un sol radiante y una cálida brisa dominaban el ambiente. Las hojas de los árboles se mecían tan suavemente que, al miraras, uno podía quedarse dormido. Animales de todo tipo caminaban libremente, admirando su propio paisaje y, más aún, el hecho de haberlo construido ellos mismos. Todo ese ambiente se percibía en aquel Mundo Animal.

Boris, un diminuto perico enamorado de todo lo que lo rodeaba, excepto de sí mismo, capaz de todo, pero sin creérselo. Paseaba por las calles de nubes, observando en silencio cómo el sol bajaba poco a poco y los animales buscaban el camino a sus madrigueras, cuevas y nidos. De pronto, un ave caribeña que volaba en dirección contraria cerró sus alas y cayó abruptamente, como un cohete sin rumbo. Boris, atónito, abrió sus ojos lo más que pudo, con un susto que le recorrió hasta la punta del plumaje.

Se detuvo y analizó, estático, durante cinco minutos, tratando de ver en qué parte de la zona vegetal había descendido el ave. Al observar con atención, notó que estaba tirada, intentando moverse sin lograrlo, mientras una cuerda extraña la halaba con brusquedad por encima de las piedras.

Lo único que pudo hacer Boris fue volar hasta el centro del pueblo, tocar la campana y dar noticia de lo sucedido. Todos los animales arribaron sorprendidos y dudosos de lo que escuchaban.





Obviamente, no darían gran credibilidad a un ínfimo perico, menos en un mundo donde todo lo conocido era la paz. —¿Saben? Cuando alguno de ustedes deje de ver y sentir esta supuesta paz, se acordarán de mí —dijo Boris.

Los demás se miraron entre sí y se marcharon a descansar, mientras Boris, sin saber qué hacer, regresó a su nido con toda la ira contenida en su pequeño cuerpo.

Al amanecer se escuchó un grito, como si una manada de jabalíes fuese perseguida. Todos salieron y vieron lo que ocurría. Un ser jamás visto apareció: cabeza redonda, alto, dos patas y dos brazos largos. ¿Qué podría ser eso? El espectáculo era inminente: aquel sujeto tenía amarrado a un koala por todas sus extremidades, mientras este sollozaba de dolor.

El resto de los animales, aterrados, se revolvieron en una avalancha de susto. Los aéreos no sabían hacia dónde volar y se chocaban; los terrestres hacían sonar la tierra como un terremoto; los acuáticos consideraban el agua un estorbo para salvarse. El temor aumentó cuando vieron que el captador se había duplicado: otro humano ayudaba a raptar al koala.

Todos hacían algo y, a la vez, nada. Boris hablaba y nadie lo escuchaba, así que se atrevió a salvar a la víctima. El inconveniente era su tamaño. Disparado hacia el objetivo, voló con una velocidad increíble. Sin embargo, el humano defendió su seguridad, lanzando una bala de plomo directo a la cabeza de Boris, dejándolo temblando en el suelo.

La comunidad se dirigió hacia los victimarios como estampida, pero ya era tarde: subieron a una extraña caja con ruedas y se marcharon. Al instante notaron a Boris moviéndose débilmente; lo llevaron a reposar, tristes y traumatizados por lo vivido.

Boris no despertaba. Internamente, su vida y pensamientos eran un caos. Todo era oscuro, una luz destellaba y se apagaba, se escuchaban olas. ¿Acaso era una playa? Estaba en un trance del cual debía dejarse llevar, relajarse o dormir en los brazos de la

inconsciencia. Aunque no se movía, todo era calma allí dentro. Escuchaba gotas, muchas gotas... ¿Quién necesita el sol cuando la lluvia está tan llena de vida? Los animales hicieron reunión, convocaron a todas las especies y llegaron a un consenso: no se separarían.

Permanecerían en el mundo que tanto les costó construir. No permitirían que nadie los atacara ni repitiera un secuestro.

Al amanecer, todos se prepararon para salir de su tierra. Los especialistas en olfato dirigían el camino.

Recorrieron árboles, lagos y zonas olvidadas. Al tiempo de marchar, se detuvieron: otra vez la caja con ruedas, además de una cueva con barras grises que parecían soportes rígidos.

Vieron al koala encerrado y, sin pensarlo, se lanzaron contra los cuatro humanos. El lugar era como estar rodeado de mil toros enojados. Los humanos disparaban, pero los animales no se detenían. Se oían golpes, gritos, rebuznos y disparos. Finalmente, los humanos escaparon en sus autos, lanzando una bomba de humo y dejando tirado al koala.

Al regresar a su territorio, Boris despertó después de un viaje profundo en su mente. Se emocionó al saber que su comunidad estaría más unida después de lo sucedido. Los animales se disculparon y lamentaron la pérdida de una de las pocas aves caribeñas que quedaban, lo cual afectó profundamente a Boris.

Juan David Castaño Barón – Municipio de Arboletes



La sábila misteriosa

En el pequeño pueblo de Arboletes, todos conocían la casa de Doña Martha, una mujer de cabello muy negro que, a pesar de su avanzada edad, no tenía ni una sola cana. Sus ojos claros reflejaban la experiencia de más de setenta años.

Doña Martha era muy conocida por su gran jardín, en el cual tenía todo tipo de plantas. La que más resaltaba era una enorme y frondosa mata de sábila que llegaba a medir casi tres metros. La sábila no dejaba de crecer y mostraba lo majestuosa que era.

Una mañana, muy temprano, Doña Martha regaba su jardín cuando, de repente, entró su nieta Laura y le preguntó:

—Abuela, ¿qué planta es esa que resalta entre todas?
Las vecinas, al pasar, murmuraban:

—Esa no es cualquier planta. Esa mata de sábila siente, escucha y protege. Doña Martha sonrió y guardó silencio. Nadie sabía con certeza cuándo la había sembrado. Algunos decían que la trajo su bisabuela desde un monte lejano; otros aseguraban que nació sola una noche de luna llena. Lo cierto era que, desde que la sábila estaba en el jardín, la casa nunca había sufrido desgracia alguna.

Un día, la curiosidad pudo más que la incertidumbre, y Laura decidió preguntar algo más puntual:

—Abuela, ¿por qué todos le tienen tanto respeto a tu sábila?
Doña Martha le acarició el cabello y respondió:

—Porque no es solo una planta, mi niña. Ella cuida, escucha y recuerda. La sábila guarda la energía de quienes la tocan. Si es buena, crece; si es mala, se



marchita. Además, tiene muchos beneficios.

Laura se rió incrédula.

—Eso son cuentos de viejas, abuela —dijo entre carcajadas. Pero aquella noche, cuando el viento soplaba fuerte, la mata de sábila comenzó a agitarse como si algo invisible la empujara. Sus hojas gruesas temblaban y el aire dentro de la casa se volvió pesado. Martha se levantó con su lámpara en la mano.

—Alguien ha entrado con mala intención —susurró.

Laura se asomó y vio a un hombre merodeando por el patio. Doña Martha salió con calma, tomó un poco de gel de la sábila, lo frotó entre sus manos y lo dejó caer al suelo.

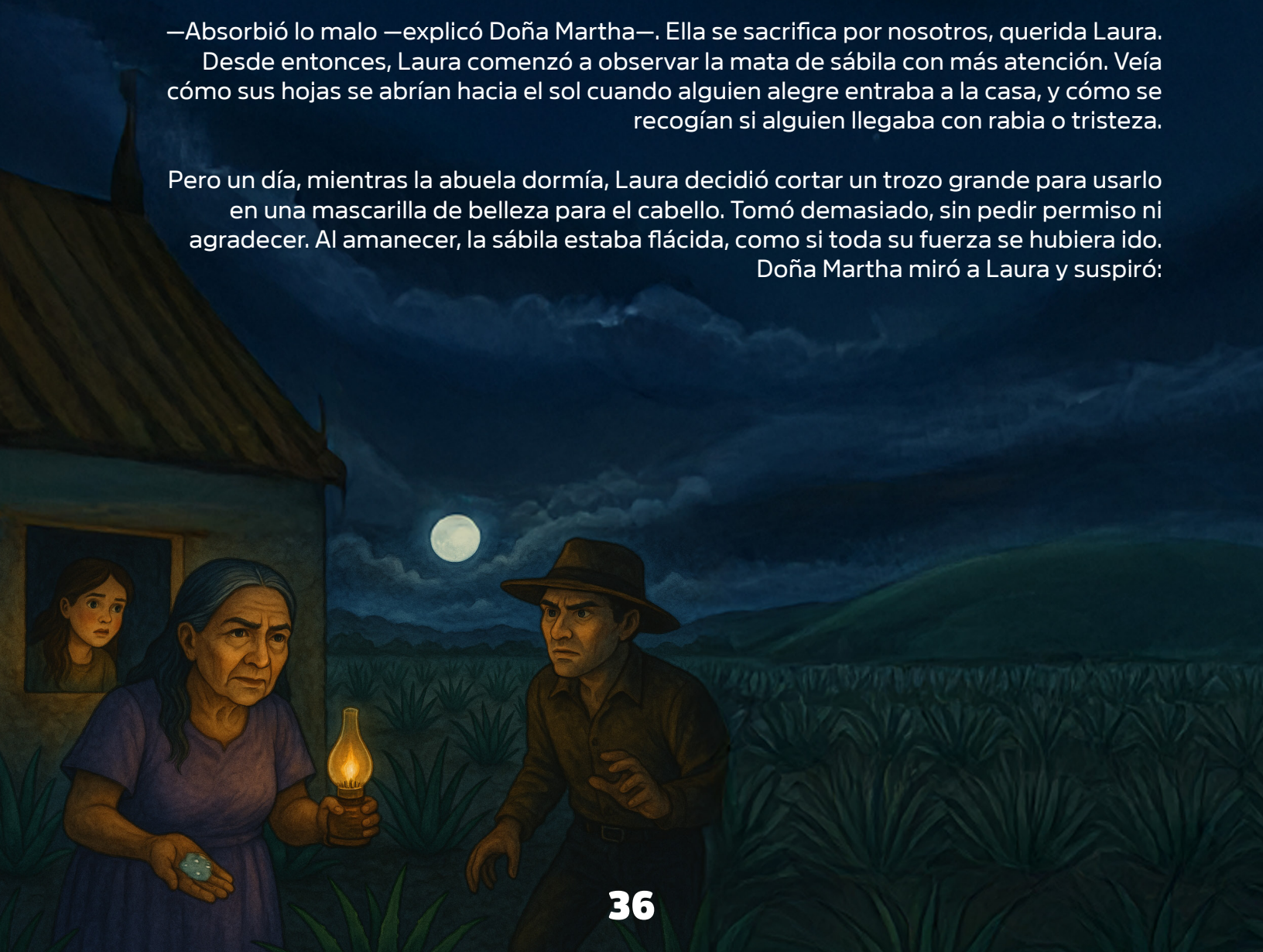
—Aquí no, muchacho —dijo mirando al ladrón.

Al instante, el hombre tropezó y cayó, como si algo invisible le hubiera jalado los pies. Al día siguiente, el hombre pidió perdón. La sábila, en cambio, tenía una hoja rota y un tono más pálido.

—Absorbió lo malo —explicó Doña Martha—. Ella se sacrifica por nosotros, querida Laura. Desde entonces, Laura comenzó a observar la mata de sábila con más atención. Veía cómo sus hojas se abrían hacia el sol cuando alguien alegre entraba a la casa, y cómo se recogían si alguien llegaba con rabia o tristeza.

Pero un día, mientras la abuela dormía, Laura decidió cortar un trozo grande para usarlo en una mascarilla de belleza para el cabello. Tomó demasiado, sin pedir permiso ni agradecer. Al amanecer, la sábila estaba flácida, como si toda su fuerza se hubiera ido.

Doña Martha miró a Laura y suspiró:



—La ofendiste, Laura. No se corta sin pedirle primero, ni puedes coger más de lo que necesitas.

Esa noche, Laura soñó con una voz suave que le decía:

—No soy solo hojas; soy la memoria del hogar. Lo que tomas sin respeto, el alma te lo recordará.

Despertó sudando. Fue hasta el jardín y tocó la sábila marchita.

—Perdóname... —susurró, mientras regaba un poco de agua y pronunciaba palabras de agradecimiento, tal como su abuela le había enseñado.

A la mañana siguiente, una nueva hoja había brotado, tierna y verde.

Desde ese día, Laura nunca volvió a ver una mata de sábila de la misma manera. La regaba con cuidado, le hablaba y la saludaba cada vez que entraba o salía de casa. Con el tiempo, se convirtió en una joven curandera conocida en todo el pueblo. Cuando Doña Martha partió de este mundo, la gente decía que su espíritu se había quedado dentro de la sábila, cuidando a Laura y protegiendo el hogar.

Hasta hoy, si uno pasa frente a aquel jardín, puede ver cómo las hojas se mueven con suavidad, incluso cuando no sopla el viento, como si saludaran a quien entra con buenas intenciones... o advirtieran a quien no las tiene.

Y así, Laura y la gente del pueblo comprendieron que la mata de sábila no es simplemente una planta, sino un ser vivo al que se respeta y se cuida, en agradecimiento por los beneficios que brinda.

Laura Vanessa Mendoza James – Municipio de Arboletes



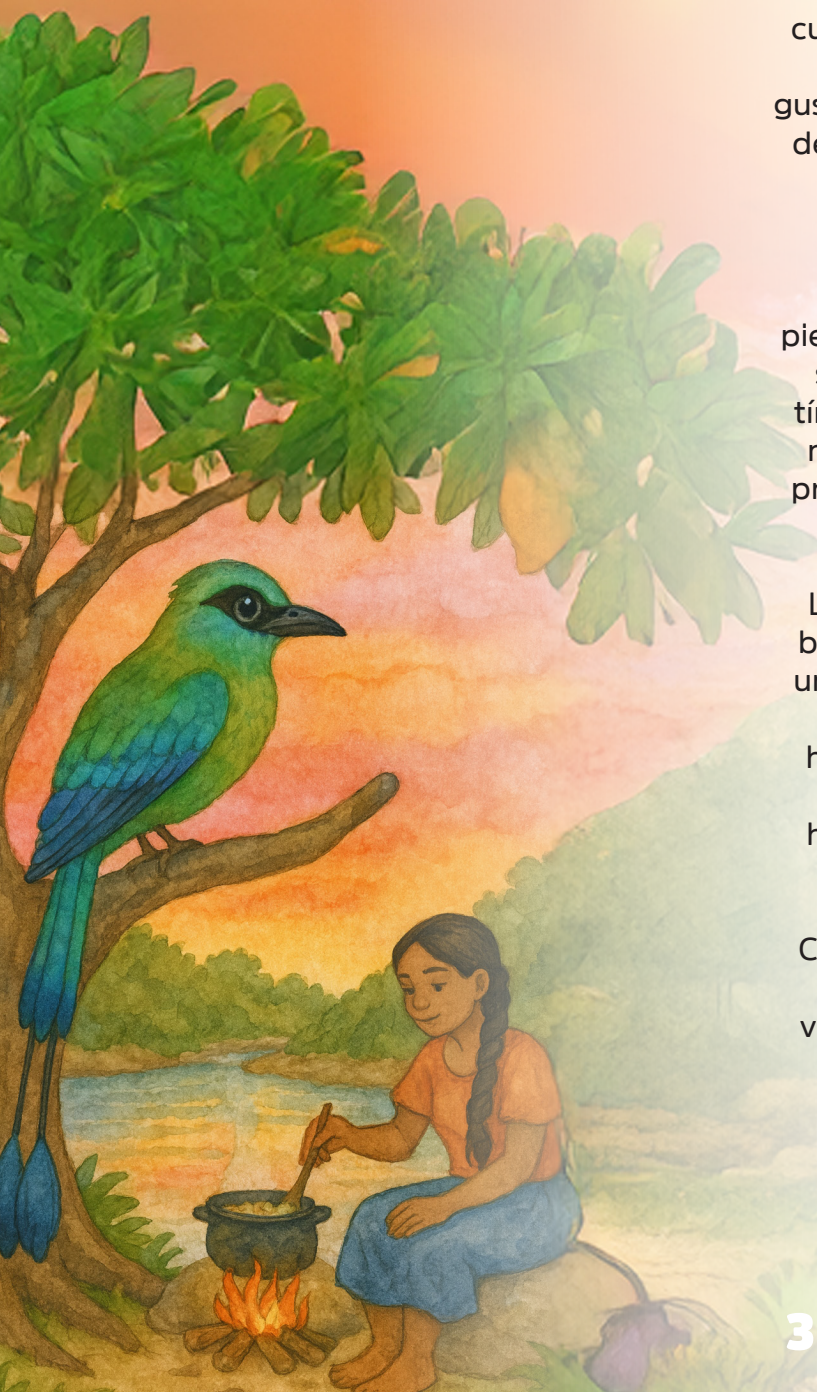
El vuelo del barranquero y la búsqueda de amistad

Había una vez un pájaro barranquero (*Momotus momota*) que vivía en un gran árbol junto al río llamado Kairu. Kairu era muy conocido en el bosque, no solo por sus plumas azules y verdes que brillaban cuando volaba, ni por la extraña forma de raqueta en su cola, sino porque era un pajarito muy curioso. Le gustaba explorar todo el bosque, admirando las flores de colores y las frutas maravillosas que crecían entre las ramas.

Un día, mientras buscaba algo para comer, vio en la orilla del río a una mujer sentada sobre una gran piedra. Ella cocinaba en una pequeña olla sobre palos secos, y el olor era tan bueno que, aunque Kairu era tímido, se animó a acercarse más. Desde un árbol de mango, el pajarito se quedó mirando cómo la mujer preparaba un arroz con pescado fresco, un plato que había aprendido de su abuela.

La mujer, que también amaba a los pájaros, invitó al barranquero a probar su comida. Con cuidado, tomó un pequeño plato con un poco de arroz con pescado y lo ofreció al ave. Al principio, Kairu dudó, pero el hambre y el rico aroma lo convencieron. Al probar la comida, le gustó tanto que, desde ese día, volaba hasta la casa de la mujer para disfrutar de los platos que ella preparaba.

Con el paso de los días, la amistad entre la mujer y el pajarito creció. Muchas veces él la acompañaba volando cuando iba a buscar leña o a recoger frutos. Cuando se cansaban, se sentaban juntos bajo la



sombra de un gran árbol de mango, viendo cómo el sol se desvanecía en el atardecer. En esos ratos compartían historias: la mujer le contaba cómo había aprendido la receta de su abuela, y Kairu le hablaba de sus viajes por el bosque y de cómo sus amigos animales se habían alejado porque ya no encontraban cosas divertidas que hacer. Él, sin embargo, siempre había esperado que llegara alguien para acompañarlo.

A menudo inventaban juegos para decidir quién era el animal más lindo o cuál hacía el sonido más extraño del bosque. Ambos estaban felices de tenerse, porque descubrieron que los días se sentían mucho mejor cuando se compartían; que la comida era más rica entre historias y risas, y que el bosque era mucho más hermoso cuando se miraba junto a alguien que te escucha y te hace reír.

Entonces, el pajarito barranquero aprendió que no debía pensar en lo aburrido de la vida, sino que debía buscar oportunidades para conocer a más personas, pasar tiempo con amigos y disfrutar de las cosas lindas que ofrece la naturaleza. Comprendió que todo sabe mejor cuando se comparte desde el corazón.

Nicolás Santiago Rodríguez Tobón – Región Caribe

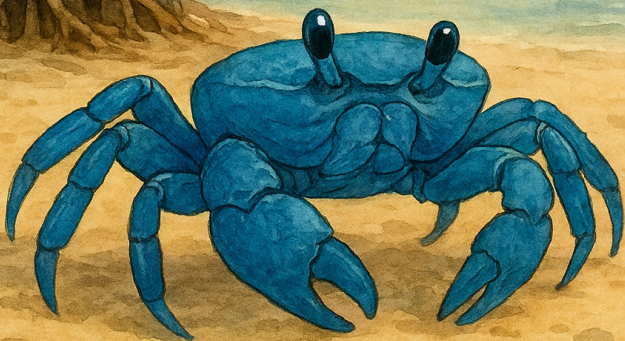


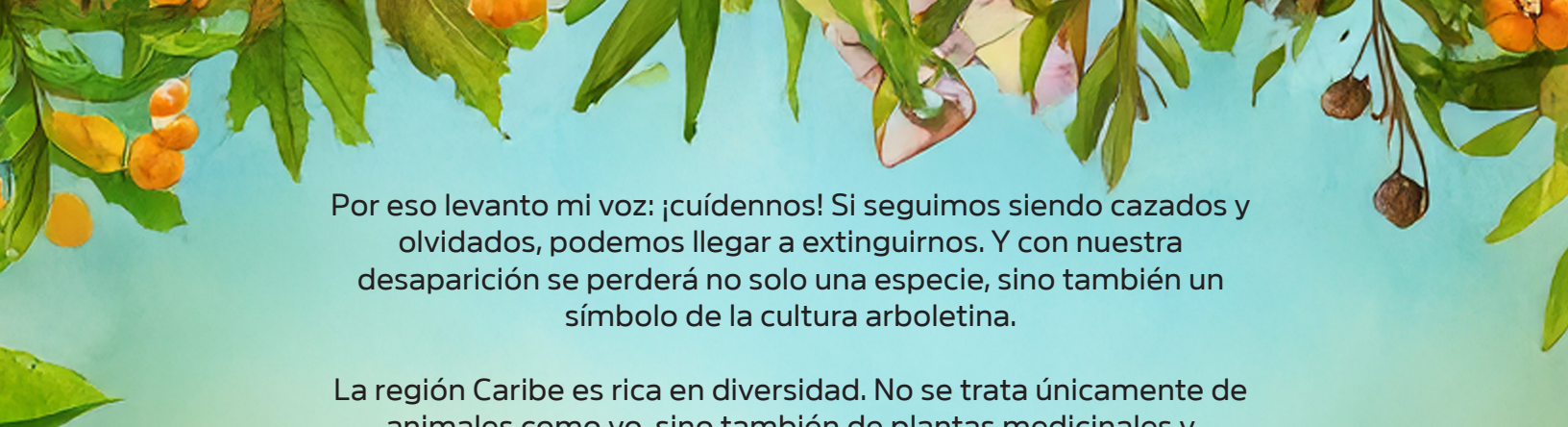
Un poco sobre el cangrejo azul de la región Caribe

Soy un cangrejo de tierra, de color azul. Mi nombre científico es *Cardisoma guanhumi*, aunque en Arboletes todos me llaman simplemente "el cangrejo", porque hago parte de la cultura local.

Habito en lugares donde el agua dulce se mezcla con la salada del mar, y excavo madrigueras en suelos blandos, fangosos o arenosos para refugiarme. Cada mayo, cuando llegan las lluvias, comienza mi mayor auge: la temporada de reproducción. Miles de nosotros salimos de nuestras madrigueras y emprendemos la marcha hacia el mar. Es un espectáculo que debería ser motivo de orgullo, pero también es el momento en que más peligro enfrentamos. La caza indiscriminada nos persigue, porque con nuestros cuerpos preparan platos típicos de la región: arroz con cangrejo, guiso de cangrejo, cangrejo sancochado. Somos parte de la gastronomía, pero también somos parte de la vida del ecosistema.

No es la única amenaza. La destrucción de nuestro hábitat nos golpea cada vez más fuerte. Y en las carreteras, muchos de mis hermanos mueren aplastados, porque nadie espera que crucemos.





Por eso levanto mi voz: ¡cuídenos! Si seguimos siendo cazados y olvidados, podemos llegar a extinguirnos. Y con nuestra desaparición se perderá no solo una especie, sino también un símbolo de la cultura arboletina.

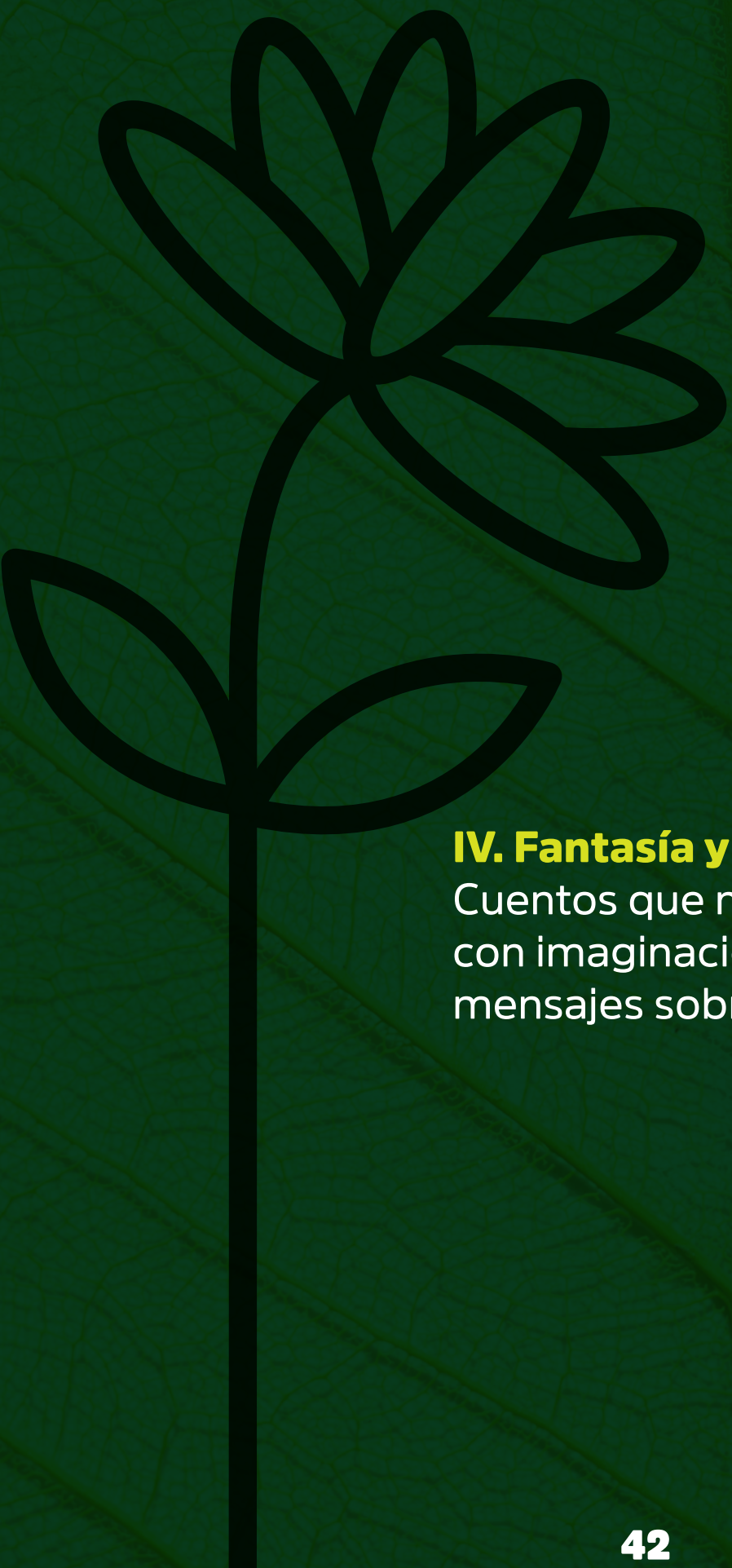
La región Caribe es rica en diversidad. No se trata únicamente de animales como yo, sino también de plantas medicinales y alimentos que forman parte de la identidad de los pueblos. Sin embargo, muchas de esas tradiciones se están perdiendo. Las comidas típicas han sido reemplazadas por modas y tendencias, y la gente olvida los sabores que nos conectan con la tierra.

Algunos aún luchan por mantener vivas esas costumbres. Yo, como voz de este cuento, les recuerdo que la cultura no sería la misma sin ellas. No podemos dejar que desaparezcan. Debemos sembrar conciencia, valorar lo que tenemos y enseñar a los niños que cada semilla, cada plato y cada especie son tesoros que merecen respeto.

Porque cuando cuidamos el territorio, el territorio también nos cuida. Y así, como el cangrejo azul que marcha cada mayo hacia el mar, seguimos siendo parte viva de la historia de Arboletes y de la región Caribe.

Miguel Vicente Garrido Ortiz y Estefanía Palomino Carrascal – Municipio de Arboletes





IV. Fantasía y Magia del Territorio

Cuentos que mezclan elementos reales con imaginación para transmitir mensajes sobre la naturaleza y la cultura.

El venado y el bosque mágico

Había una vez un venado llamado Luna que vivía en un bosque mágico. Luna era muy curioso y le encantaba explorar. Un día, mientras corría por el bosque, descubrió un claro lleno de flores de colores.

El venado se sintió atraído por las flores y comenzó a comerlas. De repente, se sintió ligero y empezó a volar. ¡Era mágico! Luna se sintió libre y feliz. Pero pronto comprendió que debía regresar a su hogar. Así que agradeció a las flores mágicas y volvió a correr por el bosque.

Desde ese día, Luna se sintió más conectado con la naturaleza y siempre recordó la magia del bosque.

Ana Milena Cerent Paut – Municipio de Necoclí



La Hicotea y el Encanto del Agua

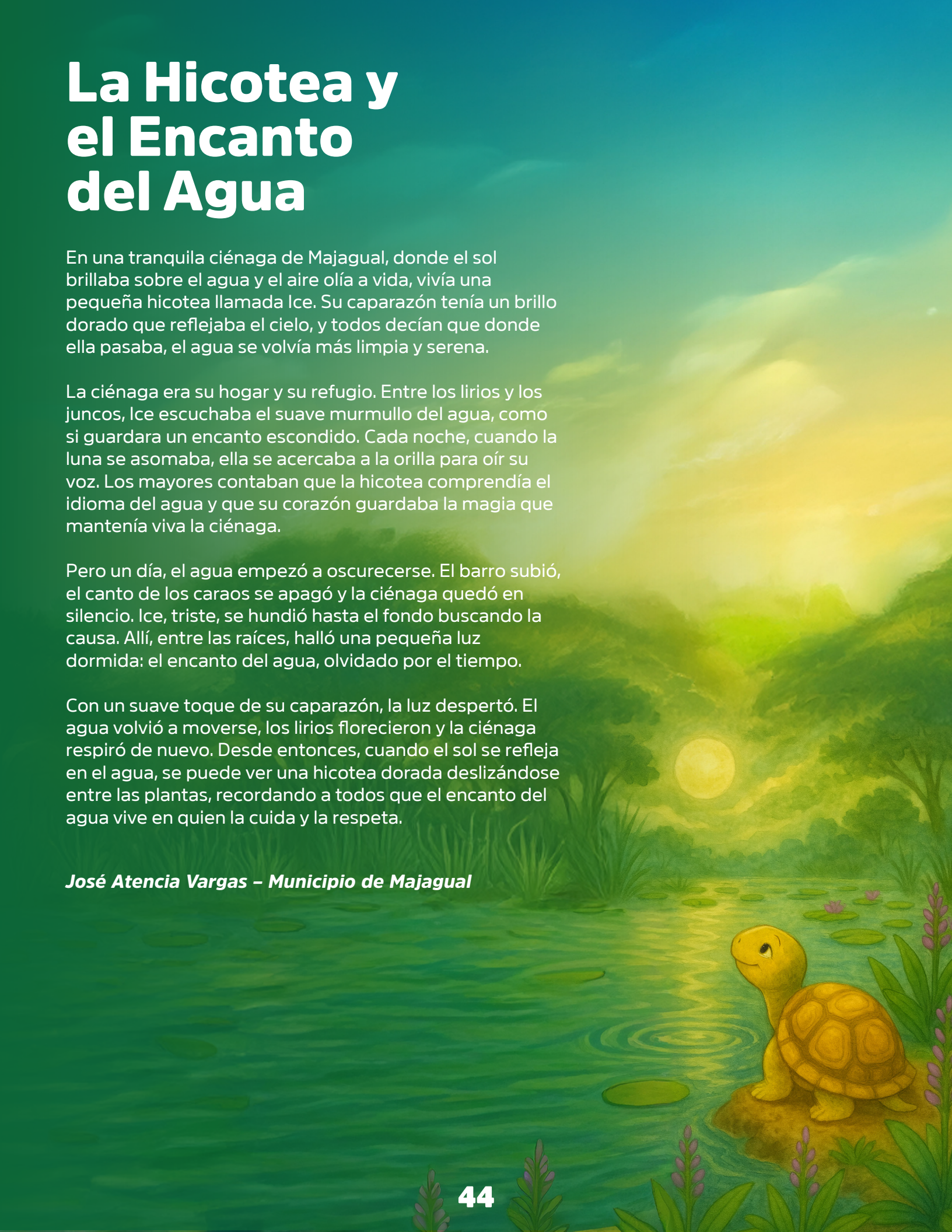
En una tranquila ciénaga de Majagual, donde el sol brillaba sobre el agua y el aire olía a vida, vivía una pequeña hicotea llamada Ice. Su caparazón tenía un brillo dorado que reflejaba el cielo, y todos decían que donde ella pasaba, el agua se volvía más limpia y serena.

La ciénaga era su hogar y su refugio. Entre los lirios y los juncos, Ice escuchaba el suave murmullo del agua, como si guardara un encanto escondido. Cada noche, cuando la luna se asomaba, ella se acercaba a la orilla para oír su voz. Los mayores contaban que la hicotea comprendía el idioma del agua y que su corazón guardaba la magia que mantenía viva la ciénaga.

Pero un día, el agua empezó a oscurecerse. El barro subió, el canto de los caraos se apagó y la ciénaga quedó en silencio. Ice, triste, se hundió hasta el fondo buscando la causa. Allí, entre las raíces, halló una pequeña luz dormida: el encanto del agua, olvidado por el tiempo.

Con un suave toque de su caparazón, la luz despertó. El agua volvió a moverse, los lirios florecieron y la ciénaga respiró de nuevo. Desde entonces, cuando el sol se refleja en el agua, se puede ver una hicotea dorada deslizándose entre las plantas, recordando a todos que el encanto del agua vive en quien la cuida y la respeta.

José Atencia Vargas – Municipio de Majagual





Guardianes del Río y la Selva: Relatos de La U en tu Colegio

Facultad de
Ciencias y Educación



Acreditado en
ALTA CALIDAD
Resolución 015158 de 2022
Ministerio de Educación Nacional

